

La Revolución mexicana

Una historia estudiantil

Romain Robinet

Traducción de
Marco Antonio Gallardo Uribe

Prefacio de Pablo Piccato



CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	9
PRINCIPALES ABREVIATURAS	11
PREFACIO POR PABLO PICCATO	13
INTRODUCCIÓN	15
PRÓLOGO: LOS ESTUDIANTES, DEL ANTIGUO RÉGIMEN A LA REVOLUCIÓN	35
LA FÁBRICA DE LA “CLASE ESTUDIANTIL”: UNA OBRA REVOLUCIONARIA (1916-1929)	63
LA FORMACIÓN DE UNA UNIÓN NACIONAL ESTUDIANTIL	67
“Nuestros días de guerras y revoluciones...”: el papel pionero de los congresos locales de estudiantes (1916-1918)	68
La “unificación” como horizonte: de la Federación a la Confederación (1918-1929)	76
LA ELABORACIÓN DE UN PROGRAMA: LA REFORMA UNIVERSITARIA	87
Salir de la torre de marfil: los caminos de la extensión universitaria	88
La modernización pedagógica y la “mexicanización del saber”	95
La “intervención estudiantil” y la lucha por la autonomía universitaria	99
SABIOS Y POLÍTICOS	113
De la matriz nacionalista a la sacralización de la Revolución: itinerarios entrecruzados de dos generaciones	115
Los rostros de la Revolución	119
¿EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN CONTRA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA? (1929-1939)	139
LA “REVOLUCIÓN UNIVERSITARIA DE MAYO” Y SU HUELLA (1929-1933)	143
Sesenta y ocho días de huelga	144
La obra revolucionaria de la “generación de 1929”	165

LA OTRA GENERACIÓN: EL AVANCE DE LOS ESTUDIANTES CATÓLICOS (1929-1933)	179
En los orígenes de la UNEC: el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado	131
¿Estudiantes, católicos y revolucionarios?	190
La infiltración de la UNEC en el movimiento estudiantil	200
LA GRAN BATALLA DE LA EDUCACIÓN SOCIALISTA Y LA RADICALIZACIÓN DE LA REVOLUCIÓN	207
¿Autonomía universitaria o Universidad revolucionaria? (1932-1934)	210
La escuela socialista y la división del movimiento estudiantil (1934-1936)	235
¿La revolución a pesar de todo? (1937-1939)	249
RAZA Y REVOLUCIÓN:	
LA ACCIÓN IBEROAMERICANA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL (1916-1939)	253
LOS DEFENSORES DE LA "RAZA" (1916-1929)	257
Las fuentes del iberoamericanismo estudiantil mexicano	258
El movimiento estudiantil, punta de lanza del iberoamericanismo del México revolucionario	270
EL TIEMPO DE LOS LOGROS: LAS CONFEDERACIONES ESTUDIANTILES IBEROAMERICANAS (1929-1936)	293
La Ciudad de México, centro internacional del iberoamericanismo estudiantil	296
Los proyectos de unión iberoamericana: de las convergencias a las divergencias	317
EL IBEROAMERICANISMO ESTUDIANTIL ANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)	329
La izquierda estudiantil: la solidaridad latinoamericana con la España republicana	331
El movimiento estudiantil católico: un iberoamericanismo defensor de la España eterna	344
EPÍLOGO: EL FIN DE UN MUNDO (1939-1945)	355
CONCLUSIÓN	361
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	367

PREFACIO

Asir a los estudiantes a una historia de amplitud cronológica y cuidadosa investigación, como se hace en este libro, no es empresa fácil. Desde los inicios de la educación superior en México, durante la Colonia, los estudiantes han sido un sujeto evasivo, a la vez omnipresente y mitológico. Desde entonces se los asociaba con una noción de la juventud como permiso temporal para transgredir ciertas normas.

En la segunda mitad del siglo xx, los estudiantes se convirtieron en sinónimo de rebeldía desde la izquierda. Se trata, al parecer, de una historia larga, llena de anécdotas aunque porosa en los detalles. Romain Robinet contribuye a una historiografía que, desde el cruento despertar que significó 1968, se ha esforzado por contextualizar y situar la historia de los estudiantes dentro de la historia política e intelectual. Esas investigaciones han mostrado la diversidad de causas que pueden ser adoptadas por los estudiantes, así como su influencia en la construcción de instituciones tanto a nivel de la educación como más allá.

Ahora, podemos contar con el beneficio de una mirada más precisa sobre ciertos momentos, acontecimientos y actores: desde las luchas por la autonomía en 1929, el activismo de las escuelas normales rurales y la compleja relación entre movimientos estudiantiles en todo el país con grupos revolucionarios desde los sesenta. Como señala el autor, “la ‘clase estudiantil’ era también una clase política”.

A pesar de esa precisión, sigue siendo difícil definir a los estudiantes como una clase. Rebeldes y generalmente democráticos, parecían siempre actuar colectivamente sin preocuparse sobre el ascenso, en términos de status, que

significaba un título. Los testimonios, generalmente autobiográficos, de la literatura sobre los años juveniles desde el siglo XIX construyeron una idea de la bohemia, que era al mismo tiempo pobreza y renuncia a un futuro brillante. Aunque, como se muestra claramente en este libro, la acción estudiantil ocurría frecuentemente en proximidad o antagonismo con las élites políticas, no se la puede entender como una simple extensión de las luchas de facciones y partidos.

Desde el siglo XIX, los gestos rebeldes de los estudiantes tenían un significado político si definimos a la política de una manera muy amplia, que incluya tanto las cuestiones internas de las escuelas como los grandes problemas nacionales. Así, podían protestar por cambios en el internado de la Escuela Preparatoria tanto como sobre la negociación de la deuda externa. En el siglo XX, hubo movimientos provocados por temas más bien gremiales (costo del transporte, presupuestos en las Normales, reformas curriculares) y de política internacional (la Revolución cubana, el más frecuente). Como ha mostrado recientemente Ariel Rodríguez Kuri, el movimiento del 68 en la Ciudad de México empezó como una rutinaria pelea de estudiantes y llegó a poner en entredicho a la autoridad presidencial y la reputación internacional adquirida con los juegos olímpicos. Se trataba, en muchos casos, de una política que tenía dimensiones institucionales, locales, nacionales e internacionales.

Como muestra este libro, el signo ideológico de esas acciones políticas no se puede reducir a lo que hoy calificaríamos como de izquierda. Robinet enfatiza el apoyo de muchas organizaciones estudiantiles a la Revolución mexicana, pero también muestra cómo otras fueron vehículo de programas conservadores, a veces cercanos al fascismo, generalmente católicos.

Para comprender esa diversidad, el autor mira de cerca a las organizaciones que en la era posrevolucionaria brotaron para coordinar y dar voz a la clase estudiantil. Las influencias ideológicas registradas en el discurso de esas organizaciones y sus dirigentes muestran una gran flexibilidad. Desde los ideales antipositivistas de la generación del Ateneo, la influencia de la Reforma Universitaria que llegaba desde Sudamérica, hasta el pensamiento marxista o conservador europeo, los estudiantes mexicanos mostraron una gran capacidad para absorber y adaptar lo que sólo en la época del autoritarismo de la Guerra Fría recibiría la etiqueta de “ideologías extrañas”. Antes de consumir sustancias, los estudiantes fueron ávidos para experimentar con ideas exóticas.

Este libro le da más precisión a la noción de autonomía, central en las luchas estudiantiles ya desde la época de Carranza y todavía decisiva en la estructura

institucional y la práctica cotidiana del aprendizaje en muchas instituciones. Aparte de la relación entre la Universidad Nacional y el gobierno, podemos entender a la autonomía como expresión de la continuidad que señalé al principio. La posibilidad misma del activismo estudiantil dependía, incluso antes de la Revolución, de la existencia de espacios y hábitos que los estudiantes mexicanos veían como garantías de su derecho a ejercer la juventud rebelde. A primera vista, “el relajo”, como fue denominado en los años sesenta del siglo pasado, era la manifestación de esa autonomía.

Las calles alrededor de la Escuela Nacional Preparatoria eran un territorio donde los límites de lo permitido se ampliaban gracias a la benévola negligencia policial. En escuelas de todo el país, desde las normales rurales hasta el Instituto Politécnico Nacional, las novatadas eran rituales, a veces violentos o humillantes, que, como ha mostrado Aymara Flores Soriano, le daban un tinte específico a la percepción de los estudiantes en el resto de la sociedad.

El derecho a usar ciertos espacios urbanos para echar relajo fue, según Rodríguez Kuri, la causa de las primeras protestas del 68 contra una policía que, a juicio de los estudiantes, había violado un pacto implícito que respetaba esos espacios. La pelea por el control de inmuebles reservados para organizaciones estudiantiles en Guadalajara fue, como muestra Sergio Aguayo, objeto de cruentas batallas entre federaciones rivales en los sesenta. La curiosa pero usualmente bienvenida extraterritorialidad de los campus universitarios frente a la vigilancia policial es, en buena parte, legado de esas nociones del derecho a la juventud rebelde en el espacio urbano.

Hay algo violento en los hábitos protegidos por la autonomía. Pueden ser rituales dolorosos pero festivos ejecutados cada año contra los nuevos estudiantes, pero también implican la tolerancia de estructuras semi oficiales que administran la violencia. Los porros, muestra Jaime Pensado, servían fines de control político en instituciones como el Politécnico, pero combinaban esas funciones con formas de delincuencia que no cabrían en una definición restringida de la política.

Sería, sin embargo, un error ver la normalización de estas violencias que a veces se asocia con el relajo como un atributo secundario en la historia de las clases estudiantiles en México. Forman parte de otra continuidad multicenteneria de la que este libro ofrece testimonio. En la violencia que afloraba en hechos o amenaza en casi todos los movimientos estudiantiles posrevolucionarios, y en la misma adopción del pasado revolucionario como título de validez para las organizaciones de ese período, los estudiantes como clase encontraban la justificación más directa de la exclusión de las mujeres de sus